

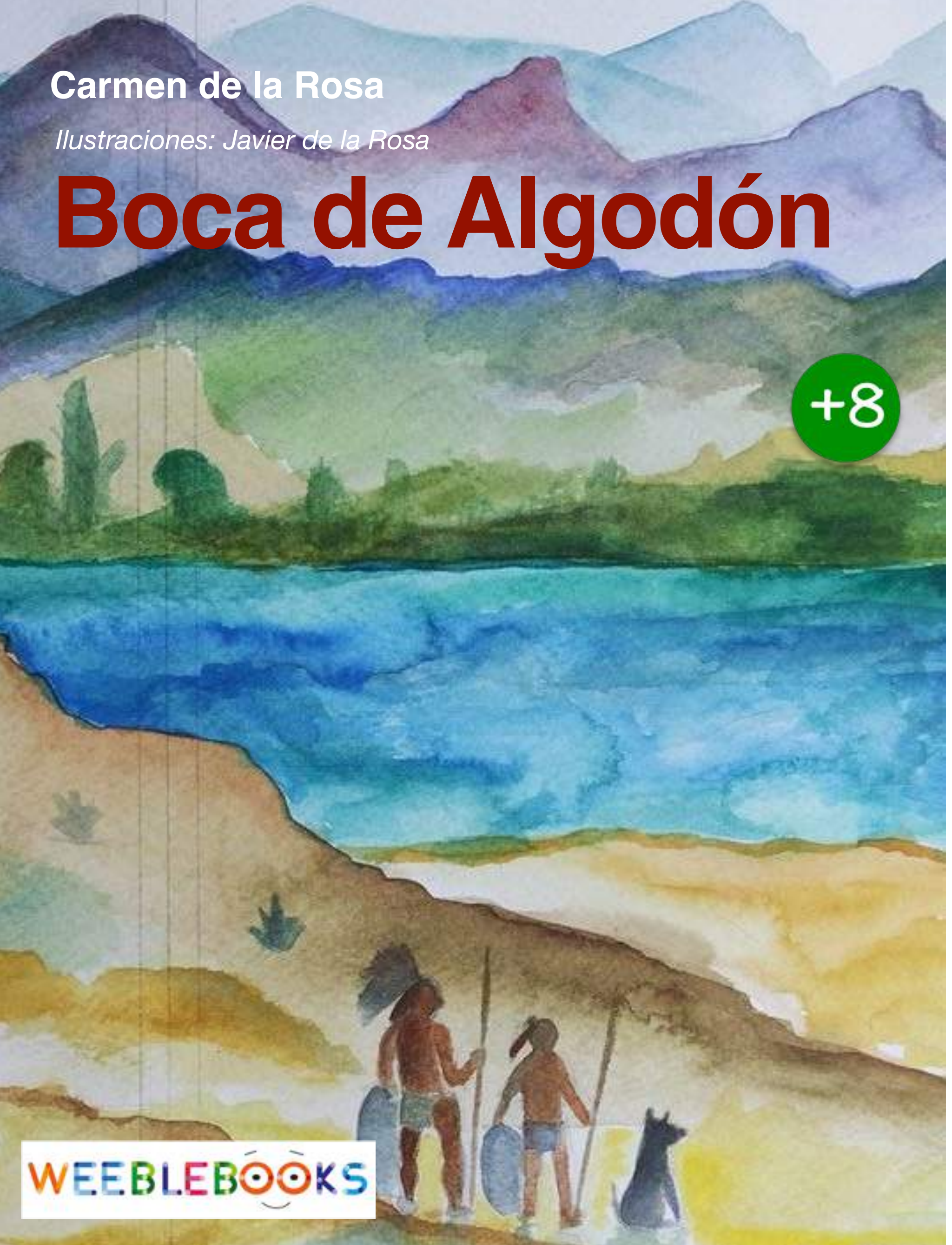
Carmen de la Rosa

Ilustraciones: Javier de la Rosa

Boca de Algodón

+8

WEEBLEBOOKS



Boca de Algodón

Autora: Carmen de la Rosa

carmen.delarosa@goya.eu

Ilustraciones: Javier de la Rosa



Autora: Carmen de la Rosa

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, diciembre 2013



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0

La autora:

Carmen de la Rosa

Ha publicado las novelas El Al-Mizar (Almuzara, 2011) y El inglés de Serón (Círculo Rojo, 2012), y es autora de otras tres inéditas, así como de una colección de relatos infantiles y un libro de relatos.

Tiene un blog culinario, fruto de sus estudios de gastronomía en Le Cordon Bleu de Londres y de su experiencia como chef en la agencia de publicidad GoYa!, que creó hace una década en la localidad alemana de Heidelberg, donde reside actualmente.

Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, realizó dos años de Doctorado y un curso de Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid. Obtuvo la licencia de piloto privado y el título de profesora de danza española en el Conservatorio de Murcia.

Nació en Sevilla, en una familia de la burguesía rural. Viajera impenitente, conoce toda Europa y gran parte de América y África, y ha vivido en Sevilla, Almería, Múnich, Hamburgo, Dusseldorf y Londres.

Boca de Algodón

Santi tiene siete años, en casa le llaman El topo y vive en Gádor, un precioso pueblo de Almería, con su madre, que es una mujer muy valiente.

A Santi le gustan mucho su gata blanca Kety y los caballos. Hubiera querido ser un vaquero del Oeste. Pero yo me lo he imaginado de indio apalache, en La Florida.

Este cuento, que comenzó el día en que otro niño parecido a él, Santi Medina, fue mordido por la terrible víbora Boca de Algodón, es para él.



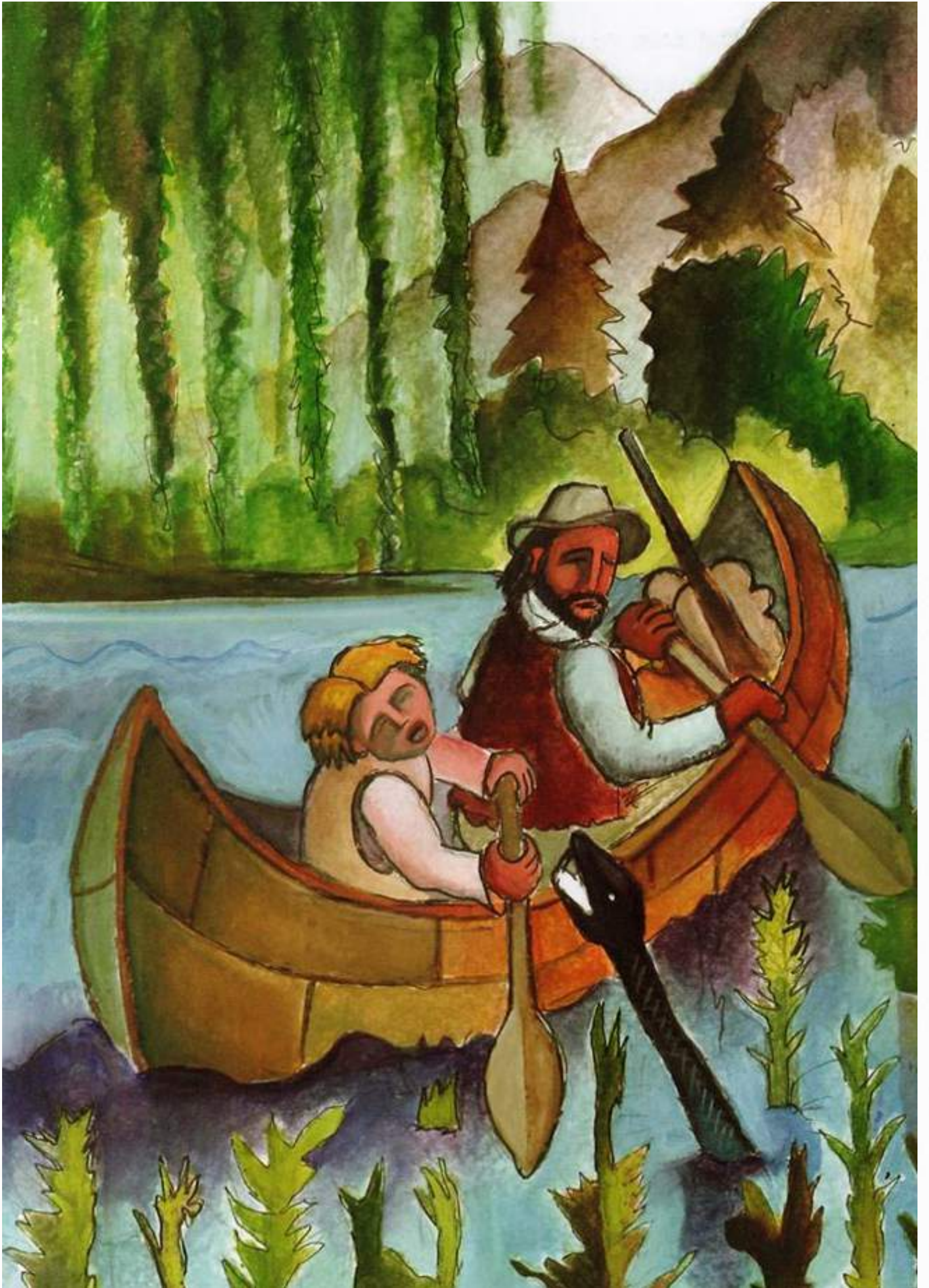
Santi Medina era un niño español de siete años, muy fuerte, rubio, de ojos oscuros, que vivía con sus padres en San Agustín, en La Florida. Su familia, que poseía un gran bazar, había emigrado desde Gádor, un pueblito de Almería de huertos y naranjales. La vida les iba bien a los Medina hasta el día en que San Agustín fue atacada por el temible pirata inglés, sir Francis Drake. El filibustero, en solo unos días, destruyó y arrasó los edificios levantados alrededor del gran fuerte español.

Los cañonazos del bucanero alcanzaron el almacén de los Medina y mataron al padre mientras cargaba carretas con alimentos, semillas, herramientas y muebles para huir de la batalla. Menos mal que la madre, con su hermano, el querido tío de Santi, ayudados por fieles servidores que arreaban vacas y caballos, salieron veloces de la ciudad en llamas y no pararon hasta cruzar la península de La Florida, camino del sur. Cuando llegaron a una fértil llanura, rodeada de bosques de nogales y castaños, compraron unas tierras en las que pudieron establecerse a salvo.

Al borde de un río, los Medinas levantaron una bonita casa de madera con porche pintado de blanco, un barracón para los empleados, un molino de viento, silos para el grano, cuadra para los caballos y establos para las vacas.

La familia española vivió feliz hasta una mañana en que Santi fue de pesca con su tío y tuvo la mala fortuna de caerse de la canoa. No corrió peligro de ahogarse porque hacía pie y sabía nadar. Tampoco había caimanes en el lago, el peligro fue otro: la repentina aparición de una serpiente negra, de casi dos metros de longitud, a la que el chapoteo despertó de su letargo. Justo en el momento en que el tío aupaba a Santi a la embarcación, la víbora salió del agua con la rapidez de un rayo, abrió su terrorífica boca, tan blanca como el algodón, y propinó una profunda mordedura al niño en un brazo.

Santi gritó asustado, no tanto por el dolor como por la sorpresa del ataque. El tío apaleó a la serpiente con un remo hasta matarla, tumbó a Santi en la frágil barca y le rajó la manga de la camisa para examinarle la herida.



Con enorme tranquilidad —no quería asustarlo más de lo que ya estaba—, le colocó a su sobrino un pañuelo en la boca y le dijo que apretara bien los dientes y que debía de ser muy fuerte porque tenía que extraerle el veneno como fuera. Le hizo un profundo corte sobre la picadura roja, donde ya tenía una enorme hinchazón, y le chupó la sangre envenenada escupiéndola al lago, sobre la serpiente muerta.

Santi perdió el conocimiento por el terrible dolor y los efectos que ya le estaba haciendo el veneno. Remó el tío como un loco hasta llegar a la orilla y, con Santi en su regazo, galopó veloz hacia la casa. Lo dejó en brazos de su madre mientras preparaba una carreta porque la vida del niño estaba en peligro, era necesario llegar al poblado apalache de inmediato. De modo que, con Santi en un jergón dentro del carro, enfilaron los montes que se veían desde la granja, hacia la aldea de los indios.

Pero he aquí que cerca del campamento, en un largo y profundo barranco, fueron atacados por forajidos, los hombres de Nuño García, el malvado vecino terrateniente.

El tío no hizo caso a los disparos, toda su angustia era llegar a tiempo a la casa del chamán que tenía el remedio para salvar al niño. Fustigaba con rabia a los caballos, que corrían desbocados hasta que, desgraciadamente, la carreta perdió una rueda en un recodo del camino y volcó con gran estrépito. En la caída, Santi, inconsciente, salió despedido hasta aterrizar en un lecho de altas yerbas.

Los bandoleros remataron a los Medina con la intención de hacerse con un magnífico botín, pero no consiguieron nada más que los cuatro caballos. Por fortuna no vieron a Santi.

Desde lo alto del barranco dos indios que iban de caza fueron testigos de la masacre. Eran Pájaro Blanco, un apalache de la edad de Santi, y Toro Gigante, su padre.

Cuando se fueron los bellacos, se acercaron para ayudar a sus amigos y, con inmensa pena, descubrieron que lo único que podían hacer por ellos era darles

piadosa sepultura. De pronto, Pájaro Blanco oyó un gemido, parecía el maullido de un gato. Se acercó a los matojos y gritó:

—¡Padre, padre, ven rápido!, es el niño español, parece muy enfermo. Y hay una gatita blanca con él. —Era Kety, que había viajado en la carreta junto a su amo.

Toro Gigante, al comprobar que el niño llevaba un vendaje en el brazo, comprendió al momento el motivo del precipitado viaje de los españoles.

Y con dos troncos y una manta hizo una parihuela, que amarró a los costados de su caballo, para llevar a Santi al campamento, a la choza del chamán. Sí, el viejo brujo tenía el remedio contra las picaduras de víboras mortíferas: un emplaste milagroso hecho con musgo y barro.

—El brazo está muy mal, negro como la maldita serpiente. No estoy seguro de poder salvarlo, ¡el muchachito está tan débil!... —dijo el chamán muy serio.

Esa noche los apalaches imploraron a sus dioses por la vida del pobre niño agonizante. Toda la tribu participó en la ceremonia porque los españoles era buenos vecinos, les tenían en gran aprecio; la señora Medina, una estupenda comadrona, había ayudado a muchas madres apalaches a traer sus bebés al mundo.

Así pasó Santi varios días, luchando como un jabato entre la vida y la muerte, hasta que pasada una luna despertó de su letargo. A sus pies permanecía ovillada su gatita Kety, no hubo forma de que saliera de la choza. Pájaro Blanco tampoco se movió de su lado durante la larga convalecencia. Lo cuidó como a un hermano; lo lavaba, le daba de comer, le contaba historias, le ayudó a superar el enorme dolor por la pérdida de su familia.

Cuando Santi pudo levantarse y montar a caballo, su amigo lo condujo a las tumbas de su madre y de su tío, que descansaban bajo un majestuoso alcornoque, y le contó lo que sucedió aquel funesto día.

Santi fue adoptado por los apalaches, vivió en la tribu como un muchacho más. Y aunque mantuvo su nombre, empezó a ser conocido como Boca de Algodón, así llamaban los indios a la víbora que casi le arrebató la vida.

El malvado Nuño García, el jefe de los asesinos, se salió con la suya: echar a los españoles de sus tierras, hacerse con la bonita casa, las vacas y las manadas de caballos.

Mientras tanto, el niño blanco aprendió a vivir como sus amigos apalaches. Santi ayudaba en la siembra y recogida del maíz, de las calabazas, de los altísimos girasoles. Acudía con las mujeres y los niños a la recolecta de fresas salvajes, nueces y bellotas. Extraía raíces de plantas acuáticas para hacer harina, capturaba peces en los lagos con afiladas lanzas. Y cuando supo montar a caballo con la perfección de los valientes guerreros, acompañaba a los hombres de cacería para llevar carne al poblado: ciervos, conejos, y hasta osos salvajes.

Los apalaches llevaban una existencia pacífica y tranquila, vivían en casas de ramas y barro, con techos de paja. Comerciabán con otras tribus del norte; hacían trueque con conchas, perlas, dientes de tiburón de las cercanas costas, pescado en conserva y hasta con carne de tortugas marinas que intercambiaban por metales para fabricar cuchillos, puñales y puntas de lanzas y flechas.

Como los hombres apalaches, Santi vestía taparrabo de piel de ciervo y practicaba un juego de pelota descrito por los conquistadores españoles en sus crónicas de aquellas lejanas tierras. El juego consistía en dar patadas a una pequeña bola hecha



de barro seco, envuelta en cuero curtido. Los jugadores intentaban alcanzar un palo con un nido de águila calva en todo lo alto. Si el jugador daba en el poste se apuntaba un tanto, si metía la pelota en el nido, dos. Al llegar a los once puntos se ganaba el partido.

El equipo de Santi y Pájaro Blanco era muy numeroso, jugaban contra otros apalaches de aldeas vecinas. Y como a menudo resultaban campeones, conseguían casas y tierras como trofeos; hasta recibieron ofertas de vivir más allá de los lagos. Pero los dos amigos prefirieron la vida apacible con la familia de Pájaro Blanco, ya que el juego de pelota podía ser muy violento y causar graves lesiones, incluso la muerte.

Toda aquella felicidad se vio de pronto en peligro porque el malvado Nuño García no se conformó con las tierras robadas a los blancos y quiso extender su hacienda más allá de las colinas, ya en territorio apalache. Entonces comenzó a atacar asentamientos indios desperdigados por los lagos, muy cerca de la aldea de Toro Gigante.

Justo en aquellos días, Boca de Algodón y su amigo Pájaro Blanco alcanzaron la edad de ser proclamados guerreros y, por ese alegre motivo, se organizó una buena fiesta en la aldea. Recibieron de regalo dos hermosos potros. El de Pájaro Blanco tenía manchas blancas y negras como un dálmata, y le puso de nombre Centella. El de Boca de Algodón era de color zaino, rápido y muy noble. Se llamaba Valiente.

En medio del jolgorio, cuando los dos nuevos guerreros bailaban al ritmo de palmas y tambores, apareció un buhonero francés que era traficante de pieles. Portaba nefastas noticias: el codicioso y sanguinario Nuño García planeaba destruir el poblado apalache cuando acabara la época de lluvias.

Finalizó bruscamente el festejo. El sínodo de ancianos, con Toro Gigante al frente, reunió a los hombres en asamblea para debatir qué camino tomar. Al cabo de horas de discusiones, el comité de ancianos opinó que lo mejor era huir: deberían levantar

el campamento, llevarse lo imprescindible y escapar hacia el oeste, más allá del río Misisipi, abandonando a sus animales, sus cultivos, sus casas... Las mujeres, que escuchaban a los sabios, rompieron a llorar y a lamentarse: tenían bebés y ancianos que no soportarían tan largo y difícil viaje.

Habló entonces Pájaro Blanco, levantándose impetuoso entre los jóvenes:

—¡Yo voto por enfrentarnos al enemigo! ¡Somos valientes guerreros, podemos conseguir rifles de nuestro amigo el francés!

—¡Pienso lo mismo que tú, hermano! —saltó Boca de Algodón alzando los brazos al firmamento —. ¡Lucharemos hasta la muerte por defender a nuestra tribu!

Se votaron las dos proposiciones y salió vencedora la de hacer frente a los bandidos.

Aquella misma noche quedó planeada la defensa. Toro Gigante desenterró el hacha de guerra. Luego se pintó el cuerpo con rayas negras y rojo ocre y se coronó con un bello copete de plumas granates. Con todos esos atavíos el jefe apalache bailó la danza guerrera al ritmo de panderos y tambores en la explanada del poblado. Sus hombres formaban un círculo a su alrededor. Las mujeres y los niños coreaban el baile, todavía ajenos al peligro real que les acechaba.

A los dos meses, en un atardecer lluvioso, Santi apareció en la hacienda de Nuño García. Montaba a Valiente, su caballo zaino, e iba disfrazado de vaquero. Llevaba la ropa medio rota y una pinta infame con el pelo largo, sucio, y barbita de un mes. Al llegar preguntó por el jefe, dijo que después de largas semanas en paro, necesitaba urgentemente trabajar de lo que fuera; si hacía falta limpiaría el estiércol de las cuadras, repararía techos, o trabajaría de pinche de cocina: sabía hacer de todo. Aseguró que lo que más le gustaba era cuidar vacas, que en eso era un experto.

Cuando Santi se hubo lavado y cambiado de camisa, el fiero capataz lo llevó ante su amo. Nuño García, delante de una enorme chimenea, fumaba repanchingado en un

sillón de respaldo muy alto que más bien parecía un trono. Le espetó con voz fuerte y ronca:

—¡Vaya, vaya! ¿Así que eres tú el muchachito español que busca trabajo? ¿Y cómo has llegado hasta aquí? ¡Cuéntame, rapaz!

—Desde que eché los dientes he sabido de su merced, don Nuño, se le conoce en toda la región. He llevado una vida muy dura, quedé huérfano por un tornado que destruyó nuestro bazar. Me recogieron unos granjeros muy pobres que ya han muerto. Y como no tenía quién me ayudara a labrar mis tierras baldías, las vendí por una miseria y...

—¡Deja de contarme tu triste vida, chaval, y dime qué sabes hacer! —gritó el malvado interrumpiéndole.

Santi no se achantó ante la ira de don Nuño, y con voz potente y segura le contestó:

—Pasé seis meses trabajando de vaquero más allá del Misisipi, pero no me gustaba el patrón. Un mal día peleamos y lo dejé cojo de la paliza que le metí. Desde entonces me persigue un aguacil que me tiene ojeriza. Por eso estoy buscando trabajo en La Florida, me gusta esta tierra. Ya no me queda ni un dólar —le mintió Santi, según tenía planeado.

—Todo eso está muy bien, pero chico... ¿qué me ofreces, aparte de tus malas pulgas? —le contestó don Nuño tirando la colilla del cigarro a la chimenea.

—Soy fuerte, trabajador, un buen vaquero, se lo puedo demostrar a su merced. Y tengo una magnífica puntería... —dijo Santi mirándolo con rabia a los ojos.

—Suerte has tenido, muchacho, mañana marcaremos quinientos becerros. Ya veré si es verdad lo que me cuentas. Si eres buen vaquero conseguirás trabajo, necesito jornaleros blancos que sepan usar un rifle. Estos indios no me sirven de nada, ni siquiera los esclavos...

Santi salió contento de la entrevista, el gordo Nuño se había tragado la inmensa trola que le soltó. «Menos mal», pensó, «que no me ha preguntado dónde tenía las tierras, seguro que hubiera metido la pata, casi no conozco la vida de los blancos. Solo lo que me enseñó mi tío».

A la mañana siguiente, bien temprano, el jefe colocó una serie de latas sobre unos postes, y le retó:

—¡Son todas tuyas, Medina!

¡Pin, pan, pin, pan!... Las abolladas latas cayeron revoloteadas ante el pasmo de los rufianes que presenciaban la exhibición de tiro.

—¡Bravo, rapaz, has superado la primera prueba! —exclamó don Nuño con una desagradable media sonrisa mientras sacaba un largo cigarro del bolsillo del chaleco, lo encendía con un palo candente de la hoguera y le daba una larguísima calada con sus labios de sapo.

Y comenzó el rodeo. Santi, que era un magnífico jinete, montó en Valiente de un brinco. Con muy buen tino, enlazó la cabeza de su primer novillo para inmovilizarlo. Ya descabalgado, lo tumbó en un instante, le amarró las cuatro patas como si fuera un



ramito de margaritas silvestres y corrió al fuego donde el hierro N G se calentaba al rojo vivo. Con él marcó en un santiamén al pobre becerrillo que mugía asustado. Luego repitió la operación hasta terminar la jornada herrando a cincuenta becerros más que el mayoral.

Consiguió el empleo de inmediato, y un buen salario. Por su capacidad de trabajo y buen carácter, Santi le cayó bien al patrón. Había comenzado el plan con buen pie.

Pasó Santi dos meses aguantando el duro trabajo de la finca, y las muchas impertinencias y malos modales de Nuño García. En varias ocasiones, acompañó al capataz y a dos vaqueros montaraces a asustar a los campesinos que se negaban a vender sus tierras. Tenía que hacerlo para no levantar sospechas, y bien que benefició a los acosados porque, con paciencia y buenas artes, consiguió que los pobres granjeros negociaran la venta de sus finquitas en las mejores condiciones posible, y sobre todo, que no hubiera violencia en los desalojos. Nuño García estaba muy satisfecho con Santi, cada vez le tenía más confianza.

Un día le hizo una importante confidencia, le contó el proyecto de arrasar la aldea apalache de Toro Gigante, de improviso, sin la menor advertencia. Atacarían a las dos semanas. Don Nuño esperaba a un grupo de malhechores que se habían escapado del fuerte de San Agustín. Aquellos fieros bucaneros, curtidos en miles de batallas contra los indios, asaltarían la aldea hasta aniquilarla, no tendrían piedad ni con los bebés.

Santi escuchó el macabro proyecto de don Nuño sin mover una ceja, impasible, como si le hubiera dicho que iban a repartirles bizcochos y pasteles a sus amigos. Pero aquella misma noche pidió permiso para ir a la barbería del pueblo a sacarse una muela que le estaba produciendo un flemón. Se creyó la mentira el jefe y partió Santi veloz a la aldea apalache para contarles la terrible noticia a Toro Gigante y a su amigo Pájaro Blanco.

— ¡Al fin nos atacará ese canalla, mejor así! Tenemos que acabar de una vez con esta pesadilla —habló el jefe apalache ante la reunión de ancianos.

—García está organizando un batallón de más de veinte fieros piratas a caballo, armados con rifles. Traerán antorchas para incendiar nuestras casas, atacarán de madrugada, no habrá luna, esperan sorprendernos a todos durmiendo —les advirtió Santi.

—Pues buena sorpresa se va a llevar ese maldito. No te preocupes, Boca de Algodón, sabremos defendernos, tú ya sabes lo que tienes que hacer. Mucha suerte y vete ya, no es bueno que te echen en falta. Y mejor sería que el chamán te sacara esa muela. ¡Gracias, amigo!

El pobre de Santi tuvo que sacrificar una de sus muelas perfectamente sana para no despertar las sospechas del astuto de don Nuño. Pero no le importó, poca cosa era una muela ante el peligro que corrían sus amigos apalaches.

Y llegó el día del asalto. Tal como tenía previsto el malvado, era una noche oscura como piedra de azabache, tranquila, no se movía una hoja, ni se oía un ruido, solo el maullar nervioso de Kety, que echaba de menos a su amo, y la llantina de un bebé recién nacido.

De pronto rasgó el silencio un trepidar de cascos, el batallón de García se acercaba al poblado con antorchas, como un meteoro brillante. Atacaban por el sur, por la única entrada, ya que el campamento estaba situado en una península dentro de un hermoso lago. Los guerreros apalaches aguardaban escondidos detrás de un muro de tierra que recorría la aldea de lado a lado. Pero no era muy alto, podía ser fácilmente saltado por los briosos caballos de Nuño García.

Las mujeres, los más viejos y los niños se arremolinaron al fondo del campamento, en las canoas, dispuestos a huir remando si perdían la batalla.

No fue necesario, todo salió a pedir de boca. Enseguida se oyeron relinchos aterrizados de caballos y muchas maldiciones y gritos en todos los idiomas. Y los ¡hurra! de los indios al ver al enemigo derrotado... ¡y sin tener que lanzar una sola flecha!



Habían caído en la trampa. No vieron el foso tapado por una especie de larga alfombra de ramajes y cañas. Allí estaban todos menos Santi, que había parado a Valiente justo a tiempo de no caer con los mercenarios en la profunda hondonada. Ni tiempo tuvieron los forajidos de disparar sus rifles porque, al instante, se vieron rodeados de indios con lanzas y flechas a punto de atravesarlos.

—¡Quietos todos! ¡Al primero que mueva un músculo lo ensartamos como sardina en espeto! —tronó Toro Gigante.

Aparecieron de pronto las mujeres con antorchas para iluminar la escena: veintiocho caballos relinchando con sus fieros jinetes brazos en alto, temerosos de morir en aquella especie de tumba.

Colocaron una escalera de palo y por ella fueron subiendo los bellacos en perfecto orden, sin armas, muertos de miedo, temblando como flanes. Esposados, fueron conducidos a la Casa Comunal y encerrados bajo la vigilancia de los más fuertes apalaches. Y al momento se pusieron en marcha los jóvenes guerreros con Toro Gigante, Pájaro Blanco y Boca de Algodón a la cabeza.

Cabalgaron muchas horas. Al amanecer llegaron a la hacienda de Nuño García, que a solas con los indios esclavos, esperaba a sus hombres. Los apalaches se escondieron entre los árboles y desde allí enviaron mensajes silbados a los otros indios al servicio de don Nuño para avisarles de su presencia. Y a una señal de Toro Gigante, gritando como fantasmas y almas que lleva el diablo, se plantaron ante el facineroso y lo pillaron totalmente desprevenido en su sillón, mientras desayunaba huevos a la ranchera. ¡Qué cara puso Nuño García cuando vio a Santi en taparrabo, plumas rojas y con pinturas de guerra! Tal fue el susto que le dieron que se quedó como pajarito frito de un ataque al corazón.

Los piratas fueron conducidos al fuerte de San Agustín y encerrados en chirona. Y los apalaches, con los caballos de Nuño García como recompensa, regresaron a su aldea donde vivieron en paz. Santi recuperó a su gata Kety y su nombre. Desde entonces, fue para siempre el legendario guerrero apalache Boca de Algodón.



Fin

Ahora que has terminado de leer el libro, por favor danos tu opinión sobre él, si te ha gustado o si tienes alguna pregunta para la autora, o simplemente dinos hola.

Estamos encantados de saber de ti. Muchas gracias.

carmen.delarosa@goya.eu

info@editorialweeble.com

La editorial



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Boca de Algodón

Autora: Carmen de la Rosa

carmen.delarosa@goya.eu

Ilustraciones: Javier de la Rosa



<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, diciembre 2013



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0